

CUATRO AMIGOS Y MEDIO
EN...

El caso de la fiesta de fin de curso

JOACHIM FRIEDRICH



edebé

Escándalo 1: ¡Alumnos en busca de pañales en el bosque!

— **E**stoy esperando un bebé — dijo en mitad de la clase nuestra profesora de Biología, la señora Sulte-Stratmann.

Fue un comentario lanzado a la ligera, como si nos hubiera pedido que abriésemos nuestros libros de Biología. Probablemente por eso nos costó unos instantes comprender lo que ella acababa de comunicarnos: ¡nuestra profesora de Biología estaba embarazada!

Pero entonces empezamos a gritar, como si nos acabara de informar de que teníamos fiesta el resto de la semana debido a una ola de calor. La verdad es que no sé por qué la noticia nos alegró tanto. Al fin y al cabo el que una profesora joven espere un bebé no es nada extraordinario. Pero ya se sabe: para los alumnos cualquier distracción, por pequeña que sea, siempre es bienvenida.

Aunque entre el júbilo generalizado hubo una excepción: Fede. Y es que Fede está enamorado de ella desde el primer día que la señora Sulte-Stratmann comenzó a dar clase en nuestro colegio. Yo no podía ver su cara, porque su sitio queda en diagonal al mío unas filas más adelante, pero allí estaba sentado, inmóvil, mientras sus orejas ardían. A veces me pregunto si de verdad tiene la esperanza de que algún día él y la señora Sulte-Stratmann lleguen a ser pareja.



La cuestión es que la noticia debió de impresionarle tanto que se le escapó un comentario que muy pronto se arrepintió de haber hecho:

— ¡Eh, tía, eh! ¿Pero eso cómo puede ser?

Los gritos enmudecieron más rápido de lo que se habían desatado. Todos miraban ahora a Fede, y también a la señora Sulte-Stratmann. Entonces él debió de darse cuenta de lo que acababa de decir, pero ya era demasiado tarde. A juzgar por el color de su cara, no podía faltar mucho para explotar.

La señora Sulte-Stratmann no sólo es joven y guapa, sino también bastante severa. Y no le gusta que se metan en su vida privada. Seguramente sólo nos había contado lo de su embarazo, porque tampoco habría podido ocultarlo por mucho más tiempo. Nosotros, sobre todo Fede, ya nos habíamos percatado de que últimamente había engordado un poco.

La señora Sulte-Stratmann se acercó lentamente hacia Fede. Con cada paso que ella daba, él se iba hundiendo más y más en su silla. Cuando, finalmente, llegó hasta él, Fede apenas sobresalía por encima del pupitre. En la clase reinaba el silencio más

absoluto. Todos esperaban la actuación de la profesora.

—Fede, ¿acaso tú no eres alumno de mi clase de Biología? —preguntó, cuando el silencio ya se estaba haciendo insoportable.

—Eh..., sí, señora Sulte-Stratmann.

—¿Recuerdas que no hace mucho hablamos sobre la procreación de los mamíferos?

—Eh..., sí, señora Sulte-Stratmann.

En la clase se empezaron a oír algunas risas y cuchicheos. Una sola mirada de nuestra profesora hizo que cesaran de inmediato.

—Bien. ¿Entonces también sabrás que nosotros, los humanos, pertenecemos al grupo de los mamíferos?

—Eh..., sí, señora Sulte-Stratmann.

Nuestra profesora de Biología se acercó un poco más a Fede, se inclinó hacia él y le miró fijamente a los ojos.

—En ese caso, mi querido Fede, deberías saber perfectamente cómo puede ser eso. Y si no lo sabes, te recomiendo que repases nuevamente las pá-

ginas correspondientes de nuestro libro de texto. ¿Ha quedado claro?

—¡Eh, tía..., eh...! Quiero decir, sí, señora Sulte-Stratmann.

Ahora las risas y los murmullos eran evidentes y también las miradas de la señora Sulte-Stratmann.

—Entonces, ¿nos pondrán otra profesora de Biología? —preguntó alguien.

—Seguramente —contestó la señora Sulte-Stratmann—. Pero después del parto, quiero volver a trabajar, al menos dos o tres días a la semana.

—¿Y el bebé?

Nuestra profesora se quedó mirando al que había hecho la pregunta con las cejas arqueadas.

—Se ocupará otra persona del bebé cuando yo no pueda, no os preocupéis por eso. ¡Y ahora no quiero volver a oír nada más sobre ese tema!

La señora Sulte-Stratmann se encontraba muy cerca de nosotros, cuando Estefi me clavó el codo en las costillas.

—Rabanito, tú podrías hacerle de canguro al bebé. Al fin y al cabo ya tienes experiencia.

—¡Cierra el pico! —le bufé—. No tiene por qué enterarse todo el mundo.

Estefi es mi hermana, para ser exactos, mi hermana melliza. Si no lo sabes, no lo sospecharías jamás. La gente que no nos conoce cree que Estefi es mi hermana mayor. Eso se debe, por una parte, a que ella es una bocazas, y por otra parte, a que es un poco más alta que yo. Mi estatura es lo que me ha dado el mote de «Rabanito». De modo que los graciosos de la clase empezaron a llamarme Rabanito y hasta hoy no he podido librarme de ese mote. En realidad me llamo Óscar, pero nadie, excepto mis padres o mis profesores, me llama así.

Normalmente me llevo bien con mi hermana, aunque a veces sería capaz de estrangularla por ser tan bocazas. Y eso es lo que ocurrió también aquella vez. En una ocasión trabajé de canguro para nuestra vecina, pero cuando, por fin, conseguí que Charly me admitiera en su agencia de detectives, lo dejé enseguida, porque lo de hacer de canguro no es precisamente un trabajo de chicos duros. Por eso a mí no me gusta mucho hablar sobre ello e intento

que lo sepa cuanta menos gente mejor. Por esa razón me enfadé tanto con Estefi y esperaba que la señora Sulte-Stratmann y el resto de la clase no se hubieran enterado.

Al parecer tuve suerte. Todos estaban demasiado ocupados con Fede, que se volvió invisible el resto de la clase de Biología. En su pupitre tan sólo se veía una luz roja iluminando el asiento. Seguro que para él la clase fue la más larga de su vida. Pero incluso ésa terminó en algún momento.

Durante el recreo, Fede tampoco salió mejor parado. Todo el mundo se le acercó a soltar algún estúpido comentario.

—¡Eh, tíos, eh! —se enfadó finalmente—. ¡Me estáis hartando!

—Tú solito te lo has buscado, Fede —le dije yo—. ¿Por qué simplemente no has cerrado la boca? ¡Si ya sabes cómo se las gasta la señora Sulte-Stratmann!

—¡Eh, tío, eh! —contestó Fede de morros—. No pude evitarlo..., se me escapó. ¡Además, es muy joven!

—Tiene edad de sobra para que «esas cosas» ocurran —dijo Estefi, con su sonrisa burlona—. Lo pone en nuestro libro de Biología.

—¡Eh, tía, eh! ¡Ya lo sé, pero a mí me parece que su novio no es el hombre más adecuado para ella!

La sonrisa de Estefi se hizo más amplia.

—¿Y quién es entonces el adecuado? ¿Tú?

—¡Eh, tía, eh!

—¡Dejaos ya de tanta tontería! —se metió Charly por medio—. Tenemos cosas más importantes de las que hablar.

—¿Más importantes que Fede y la señora Sulte-Stratmann? —preguntó Estefi—. ¿Y qué es, si se puede saber?

—A lo mejor tiene un nuevo caso para nosotros —contesté yo.

La agencia de detectives Charly & Company (como suele llamarla siempre Charly) está integrada, además de por mí, por Charly, Estefi, Fede y nuestro perro Precioso. Como él fue quien la fundó, se las da siempre de jefe. Por todas partes ve acechando a un delincuente. Pero no es nada fácil

resolver casos criminales de verdad, aunque nosotros ya lo hayamos conseguido en unas cuantas ocasiones.

—No, por desgracia no tengo ningún caso —suspiró Charly—. Pero he pensado que podríamos aprovechar nuestra semana cultural y la fiesta de fin de curso para hacer un poco de publicidad de nuestra agencia. La mayoría de la gente no tiene ni idea de lo difícil que es el trabajo de detective.



—¿Y cómo pretendes enseñárselo? —preguntó Estefi.

Charly creció en altura unos cuantos centímetros.

—Bueno, tengo una idea. Dejadlo en mis manos.

Como sabíamos de sobra que a nuestro jefe le gustaba hacerse el misterioso, le dimos ese placer. Durante la siguiente clase, nuestro tutor iba a hablar-nos sobre la semana cultural y la fiesta de fin de curso, así que enseguida íbamos a descubrir lo que Charly había planeado.

En realidad nuestro tutor se llama señor Schlüter, pero nosotros siempre le llamamos «Gran Sigg», porque es casi tan ancho como largo y apenas cabe por una puerta normal.

—Como todos sabéis —comenzó diciendo «Gran Sigg», con su voz de trueno—, este año hemos elegido como lema de nuestra semana cultural: «Proteger el medio ambiente es protegerte a ti mismo».

—¡Seguro que ha sido idea del señor Kurzweiler! —interrumpió alguien.

«Gran Sigggi» arqueó una ceja.

— ¡De quién si no!

El señor Kurzweiler es nuestro director. Su afición es el medio ambiente en general y todo lo que tenga que ver con los peces en particular. Eso no sería tan grave, si no fuera porque continuamente nos da la lata con su aburrido tono de voz.

— ¿El señor Kurzweiler va a dar un discurso en la fiesta de fin de curso? — preguntó otro—. A mis padres les gustaría saberlo.

«Gran Sigggi» carraspeó.

— Si seguís interrumpiéndome constantemente, finalizará la clase y no habremos hablado sobre el proyecto. Tened en cuenta que mañana ya empieza la semana cultural que acabaremos, como todos los años, con la fiesta de fin de curso el próximo sábado. Y como todos sabéis, en ella, cada clase presenta el proyecto medioambiental que previamente ha desarrollado durante la semana anterior. ¡Además, ya que se premia el mejor proyecto, espero de vosotros plena colaboración y, sobre todo, buenas propuestas! Y como os puse de debe-

res que pensarais un par de propuestas, ahora ¡soy todo oídos!

La mano de Charly se alzó inmediatamente. Así que había llegado el momento de enterarnos de lo que había ideado nuestro jefe. Pero, como siempre, nos mantuvo en ascuas un rato más.

—¡Nuestro medio ambiente está muy amenazado! —comenzó Charly.

«Gran Siggj» asintió.

—Sí, así es. Por eso el señor Kurzweiler lo ha tenido en cuenta en nuestra semana cultural.

—¡Exacto! —exclamó Charly—. ¡Y son sobre todo los humanos los que amenazan el medio ambiente!

—¡Síiiii, Charly! ¡Ya lo sé! ¡Podrías, por favor, ir al grano!

—Y a los humanos que amenazan el medio ambiente se les podría denominar «delincuentes» —continuó nuestro jefe sin dejarse desviar de su propósito.

—Se podría —suspiró «Gran Siggj».

—Y para atrapar a delincuentes, se necesitan detectives.

—¿Ah, sí? —preguntó «Gran Siggí», mientras la mitad de los alumnos comenzaba a resoplar.

En nuestra clase, todo el mundo conoce la afición de Charly por los casos criminales, y a la mayoría, en más de una ocasión, le ha comido la olla con ello.

Charly inspiró profundamente.

—Y por eso propongo el siguiente proyecto: ¡técnicas de investigación en delitos medioambientales!

Los resoplidos se hicieron más sonoros.

«Gran Siggí» se cruzó de brazos y observó a Charly con la cabeza ladeada.

—Y según tú, ¿qué es lo que tendríamos que hacer, si se puede saber?

—Eh, pues eso aún he de pensarlo. Pero con mucho gusto me ofrezco para hacer algunas indagaciones...

—¡Denegado! —le interrumpió «Gran Siggí».

—Pero ¿por qué?

—Porque te conozco muy bien, Charly. No tengo ganas de estar toda la semana evitando tus catástrofes.

La mandíbula de Charly se abrió y se cerró un par de veces, pero finalmente se mantuvo callado hasta que terminó la clase. De alguna manera, me recordaba ahora a Fede durante la asignatura de Biología con la señora Sulte-Stratmann.

Después de algún tira y afloja, «Gran Siggie» decidió que debíamos ir al bosque a recoger basura.

—¡Luego la clasificaremos en el patio del colegio! —tronó la voz de «Gran Siggie» por todo el aula—. Seguro que encontramos cosas a las que dar un sentido más útil. Y con el resto, ya pensaremos de qué forma desecharlo debidamente. ¡Será, con toda seguridad, muy interesante tanto para el resto de los alumnos como para los padres!

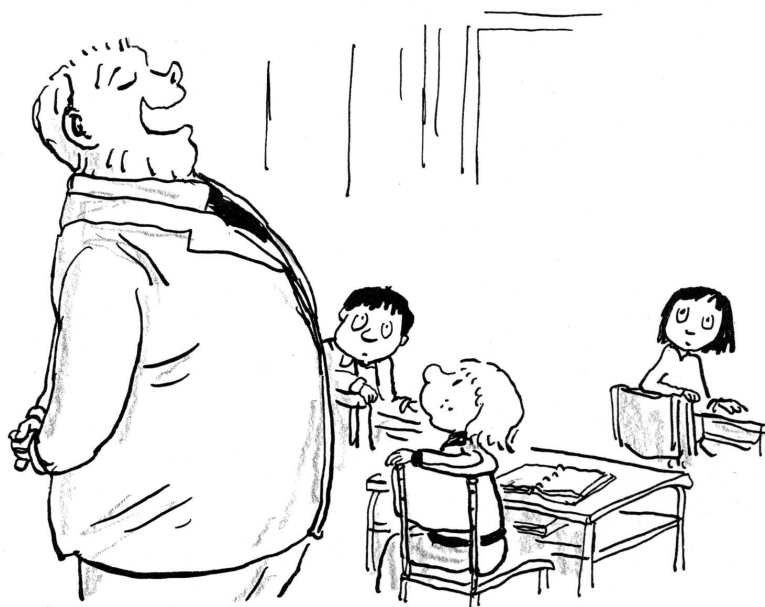
—¿Qué quiere decir con «sentido útil»? —preguntó Fede.

—Bueno —contestó «Gran Siggie», después de titubear un poco—. Por ejemplo, podríamos echar todas las materias orgánicas a nuestra fosa de abono orgánico. ¡Da una tierra vegetal estupenda!

Lo de la fosa de abono orgánico había sido

idea de nuestra profesora de Biología, al igual que lo del huertecito escolar en el que apenas crecía nada. Ahora ya casi todos los alumnos traían su «basura orgánica», como solía llamar siempre la señora Sulte-Stratmann a la fosa.

—Además, la señora Rotkehl fabricará con su clase instrumentos musicales con las cosas que encontremos —continuó «Gran Sigg»—. Seguro que podrá emplear algunos de los objetos del bosque. ¡Si-



lencio! —gritó, al extenderse nuevamente un murmullo y risitas generalizadas.

La señora Rotkehl es nuestra profesora de Música. Tiene una voz tan aguda que fácilmente podría hacer estallar los cristales de las ventanas. Ya de antemano compadecía a sus pobres alumnos.

—¡Estupendo! —murmuró Estefi a mi lado—. Correremos por el bosque recogiendo botellas vacías de cerveza y pañales con sorpresa. Para eso prefiero asistir a clase.

—¡Recoger basura! ¡Eso es cosa de críos! —protestó también Charly durante el recreo—. Además, ¿por qué con mi propuesta tendría que estar evitando catástrofes? ¿Vosotros sabéis a qué se refería?

—Ni idea, Charly —contestó Estefi, guiñándonos un ojo a escondidas.

—De todas formas, mi propuesta era mucho mejor. Vosotros también estáis de mi parte, ¿verdad?

—¡Claro! —exclamamos Estefi, Fede y yo al unísono.

—¡Pues eso! —sentenció Charly—. ¡Y se lo vamos a demostrar a «Gran Siggj»!

Ya nos estábamos arrepintiéndolo de haberle dado la razón.

—¿Y ahora qué quieres decir con eso? —preguntó Estefi.

—A mí también me gustaría saberlo —dije yo—. No me apetece tener problemas con «Gran Soggi».

Charly hizo un gesto despectivo con la mano.

—Ya os estáis echando a temblar antes de saber siquiera de qué se trata.

—¡Eh, tío, eh! ¡Pues dínoslo de una vez!

Charly se inclinó un poco hacia delante. Siempre lo hace cuando quiere decirnos algo que los demás no deben oír.

—Descubriremos un escándalo medioambiental —nos susurró.

—¿Escándalo medioambiental? —exclamó Estefi—. Pero ¿qué escándalo medioambiental, si se puede saber?

—¡Ssst! ¡No grites! ¡Y yo qué sé! ¡Pues un escándalo medioambiental cualquiera! Si de éstos se lee alguno todos los días en la prensa. Lo mejor será que

entreguemos también al culpable. ¡Imaginaos las caras que pondrían «Gran Soggi» y los demás!

—¡Jo, Charly! —suspiró Estefi—. ¿Quieres descubrir un escándalo medioambiental pero ni siquiera sabes de qué tipo?

—¿Por qué tengo que ser yo el que haga siempre todo el trabajo? —respondió Charly—. Pensad vosotros también en algo, ¿no?

—¡Eh, tíos, eh! —exclamó Fede de repente—. El otro día pusieron en la tele un informe sobre un escándalo medioambiental. Alguien había vertido alguna sustancia venenosa en el suelo y más tarde habían construido casas sobre ese terreno. No analizaron el suelo hasta que la gente empezó a caer enferma como moscas. ¡Aquella sustancia resultó tan peligrosa que tuvieron que abandonar sus casas!

—Imagínate si nosotros tuviéramos que mudarnos de nuestra casa —me dijo Estefi.

Eso no me lo quería ni imaginar. Cuando nos mudamos hace algún tiempo a nuestro pequeño adosado a las afueras de la ciudad, no me gustó nada. Pero ahora no podía imaginarme vivir en otro lugar.

—Suelo contaminado —dijo Charly para sí mismo—. No está nada mal, Fede. Pero que nada mal.

—¡Eh, tío, eh! ¡Si ese caso ya está resuelto desde hace tiempo!

Charly negó con la cabeza.

—Casos de ese tipo se repiten continuamente.

—¿Y? —preguntó Estefi—. ¿Qué quieres decir?

—Aún tengo que pensármelo —contestó Charly—. Quedamos esta tarde en el huerto. Allí podré deciros más.